LA VISITA DE MOJONES

CONSÉRVANSE en Álava típicas costumbres, tradicionales actos de marcado sabor foral, que rememoran épocas felices en que el noble solar vascongado se regía por sus sapientísimas instituciones forales.

Uno de estos actos, de sugestiva atracción para los corazones euskaldunas, es el conocido con el nombre de «la visita de los mojones», que se celebra invariablemente todos los años y que en el actual ha tenido lugar á principios del corriente mes.

En pocos países, como en la Euskal-erria, han sabido conservar en toda su pureza é integridad los buenos usos y costumbres de pasadas y más afortunadas épocas, y esto que en términos generales decimos del país vasco, podemos repetir y afirmar categórica y terminantemente concretándonos al noble y patriota pueblo alavés.

Y una prueba concluyente de que el espíritu del Fuero palpita con frenética violencia en la provincia de Álava y de que se conservan las sabias disposiciones legadas por nuestros antepasados, tenemos en la fiesta de los mojones, cuya organización, con ligeras modificaciones accidentales, es la misma que ofrecía cuando el absorbente poder centralista no había aún cercenado despiadadamente las atribuciones peculiares y especialísimas del noble solar vascongado.

El día señalado para la visita de mojones, el Montero mayor, los guardamontes y el Ayuntamiento con sus empleados municipales, salen á recorrer el distrito y girar la tradicional visita de inspección á los hitos ó mojones jurisdiccionales. Mozos y mozas de los lugares que va recorriendo la clásica comitiva, salen á su encuentro tocando diferentes instrumentos y contribuyendo poderosamente al júbilo y alegría, que es la nota característica de la fiesta.

El Montera mayor, caballero en gallardo alazán, recorre pueblos y aldeas distribuyendo algunas monedas entre la regocijada y bulliciosa juventud.

Para el medio día llega la comitiva á la campa de Olarizu, donde, desde tiempo inmemorial, se celebra alegre y festiva romería, en que se desborda el buen humor de las gentes que pueblan la campiña verde y mullida, sombreada por añosos y corpulentos árboles y refrescada por juguetones riachuelos que serpentean entre la verdura sobre su lecho de perlas.

En la campa y sobre tupido césped se improvisan restaurants y puestos para la venta de bebidas espumosas, frutas, etc.

Terminado el banquete con que el elemento oficial celebra la fiesta, puéblase de inmensa muchedumbre la espaciosa campa, las músicas que han acudido de la ciudad ponen en conmoción á los concurrentes y todos bailan, saltan, brincan, hasta que el sol desciende al ocaso incendiando con su lumbre, las nubes en un atardecer melancólico, otoñal, impregnado de suave y plácida poesía.

Entonces se inicia el desfile entre el ruido de los cohetes que suben en espiral de fuego al espacio, iluminando la noche serena, y el bullicio de los romeros, y los acordes de las músicas que pueblan los aires con sus notas sonoras llevando á todas partes la franca y jovial alegría.

La entrada en Vitoria es de un efecto indescriptible, todo el pueblo se lanza al encuentro de los romeros. Entra el Ayuntamiento á caballo, precedido de las músicas y de la turbamulta que grita, canta y baila, y que pronto se confunde con las masas que esperan en la ciudad.

Y á los acordes de la música y entre el ruido de la pólvora, desfilan por la ciudad dirigiéndose á la Plaza Nueva, donde se disuelve la comitiva y termina la fiesta.

Entre el loco entusiasmo, la bulliciosa alegría, el grito, el ruido y la algazara, ese día todo buen vitoriano, dedica melancólico recuerdo á los tiempos pasados en que tal fiesta se instituyó.

Y se acuerda de los fueros.....

TOMÁS O. DE UNCETA